

INTERVENCIÓN SOCIAL Y DIFERENCIAL CULTURAL

TERESA CASTRO RODRÍGUEZ *

Las dificultades en torno al choque cultural, apenas suelen ser abordadas, por tener siempre prioridad los problemas ligados a la supervivencia: trabajo, vivienda, papeles. Entonces se pasan por alto los obstáculos aparejados al desconocimiento y al desencuentro que produce el contexto de destino. Otro inconveniente es la dificultad de acotar aquellas dificultades en la intervención social, y sin embargo, los impedimentos ligados al diferencial cultural que afectan a la ubicación de las personas, planea en los conflictos interpersonales: las diferencias al asumir los valores de la identidad étnica, por parte de los diversos miembros de la familia donde cada uno vive la herencia cultural de origen de una manera diferente. Unos miembros de la familia abordan las incoherencias incorporando nuevos modelos culturales en el contexto de destino, mientras que otros no aceptan las incoherencias y se muestran incapaces de reformular aspectos de la herencia de origen ni de reapropiarse de nuevos planteamientos.

* Colabora en Médicos del Mundo.

Por otra parte surgen dificultades en el desempeño de roles e insatisfacción en las relaciones sociales, porque se carece de pautas para relacionarse con los demás, desconocimiento de los mecanismos con los que funcionan organismos oficiales, sistema de salud, colegio de los hijos, etc., en definitiva las reglas del juego en el nuevo contexto.

Abordar los aspectos que tienen que ver con el choque de dos contextos culturales, ha supuesto siempre un reto en la intervención social con población inmigrante, cuyo objetivo sería conseguir una suerte de equilibrio consistente en simultanear la valoración de la herencia cultural de origen y logro de comportamientos adaptativos en el nuevo contexto que permita optimizar las posibilidades ofrecidas para el crecimiento y desarrollo de la persona.

Lo que sigue a continuación es una descripción desde lo que se observa en la práctica de trabajo social en relación con el diferencial cultural, por una parte, y por otra, una reflexión acerca del marco conceptual en que dicha intervención ha de llevarse a cabo para conseguir su integración, entendiendo por esta asumir la herencia cultural de origen y «conocer su entorno, saber descubrir sus recursos y carencias y tener capacidad para decidir sobre unas y otras y, por tanto, apropiarse del futuro.»

HERENCIA CULTURAL Y CONTEXTO SOCIOCULTURAL DE DESTINO

En función de la herencia cultural de origen, y de la manera en que perciben las presiones del entorno, para manifestar su identidad cultural, las personas tienden a tomar diferentes posiciones que les hace más vulnerables a la segregación. Pueden adquirir diversas formas:

Ocultar su cultura de origen, de tal manera que apenas se relacionan con sus iguales étnicos, dejan de practicar hábitos y costumbres muy simbólicos de su cultura de origen.

La segregación como supresión de la propia cultura es una forma de marginación que el individuo lleva a cabo

como consecuencia de la presión normativa de un contexto que reprime la diversidad. En este caso, el individuo oculta su propia cultura y omite su origen como algo vergonzante. Puesto que la hegemonía y las posiciones de poder las detenta el grupo mayoritario, hagámonos como ellos. En esta actitud, los individuos callan las dificultades que les ha ocasionado la diferenciación cultural, tanto a ellos como a su familia. A la actitud de «yo no tengo ningún problema en España» no tardan mucho en aparecer situaciones segregadoras que han tenido que abordar, por ejemplo cuando relatan que los niños en el colegio ocultan un progenitor de origen extranjero, que pone en evidencia que sí hay problemas, en la medida en que se viven con tensiones situaciones que no tendrían lugar en un contexto donde se respetara la diversidad cultural, lo que implica una desvalorización de la herencia cultural que deberá ser empoderada en la intervención social.

Otra posición es la ruptura con las tradiciones tanto la de origen como la de destino que deja al individuo sin una guía moral de referencia colectiva para incorporarse al medio. Esta pérdida de referencia colectiva, responde a una forma de desintegración social que tiene lugar cuando no se percibe la herencia cultural instrumento eficaz para incorporarse al entorno y no se accede a los canales culturales que hacen inteligible el contexto de destino. La ruptura sin más de un mundo de certezas, sin construir otro de pertenencias daría lugar a procesos de exclusión y de anomia en el concepto elaborado por Durkheim.

Otra actitud es el rechazo a su propia herencia cultural, que si bien, al igual que en la ocultación tiene lugar un distanciamiento de la propia cultura que la oculta, en el rechazo hay cierta dosis de resentimiento. Esta actitud se observa cuando se trata de inmigrantes que han sido víctimas de rechazo violento hacia su identidad personal como por ejemplo en el caso de personas que proceden de culturas tradicionales y que unen a la condición de inmigrante la de transexual u homosexual, y han sido víctimas de re-

chazo violento en sus países de origen. En éstos casos, el motivo de la salida es evitar el control social y huir de episodios traumáticos que han vivido en origen.

Tanto el rechazo como la ocultación, son procesos consistentes en la cancelación de las diferencias. En este caso la intervención social tiene que poner de manifiesto que nadie puede respetarse a sí mismo si su aceptabilidad social y política pasa por negar la eliminación de componentes esenciales de su identidad, en un medio dominado por otras identidades hegemónicas.

Otra posición es el repliegue estereotipado de su identidad étnica de tal manera que la propia cultura, se teatraliza, y se venera como si se tratara de un objeto de culto. El individuo se representa así mismo como «el otro exótico», en una estrategia para conseguir una mejor aceptación de los autóctonos, en tanto que «el otro exótico» no aparecería como el competidor por recursos escasos (trabajo, vivienda etc) que solo acarrearía hostilidad en el contexto de llegada.

Tras la estrategia de «fascinación por lo insólito» que produce la otredad exótica se esconde la confianza en la eficacia de obtener mejores réditos en las pretensiones (ser mejor aceptado, obtener informaciones de interés, etc.) que estaría provocando «el hechizo».

Las estrategias para acceder a mejores recursos suelen ser diversas, como hacerse el niño que mueve a la piedad: «señorita sea buenita», el desvalido carencial «en España como digas que tienes algo ya no te dan nada», etc. En muchos casos son estrategias de carácter emocional y otras estrategias de identidad étnica, en las cuales las personas no son búlgaras o marroquíes sino que «se hacen búlgaras o marroquíes». En este caso, el motivo de la intervención vendría determinado por la necesidad de «normalizar» la identidad cultural y que sea vivida de una manera espontánea, como algo que forma parte de su propia dignidad como persona, sin teatralizarla con falsos fetichismos que le aíslan, levantando muros de particularismo, que le impiden establecer puentes que fa-

ciliten su incorporación haciendo inteligible el contexto cultural de destino.

La intervención social tiene que promover que la persona viva el derecho a la diferencia, efectivamente como un derecho en el que se van a combinar el reconocimiento de la herencia cultural de origen y mecanismos adaptativos de articulación de contrariedades, incongruencias, y nuevos aprendizajes hacia el nuevo contexto cultural que influyen en su bienestar integral y en su crecimiento y desarrollo personal. Habría la creencia de que el acceso a los recursos se obtendría por movilización de estrategias étnicas o emocionales y no fruto de procesos de racionalización tal que dados unos requisitos obtienes unas determinadas prestaciones.

Se observa **otra posición, y es el aislamiento con el que las personas viven su herencia cultural**, sin apenas contacto con otras culturas, viviendo las pautas culturales casi exactamente como en origen, ignorando el nuevo contexto sociocultural que les rodea. En este caso, las personas no es que acepten su herencia cultural, sino que la viven como un absoluto esclerotizante que les impide conocer los valores que tiene el contexto sociocultural de destino. En esta modalidad, las personas sólo tienen contacto con su propia red, desconociendo nuevas posibilidades. La intervención social tiene que poner de manifiesto la contradicción que supone atravesar las fronteras geográficas de sus países, para continuar permaneciendo en las suyas culturales, sociales y psicológicas, desconociendo nuevas posibilidades que les permite el medio, no incorporando nuevos aprendizajes y no reivindicando mejores posiciones en el nuevo contexto. Sólo reproducen aquí lo que vivían exactamente allá.

Frente a estas posturas extremas respecto a la herencia cultural, la intervención social tiene que pretender combinar la valoración de la herencia cultural y la incorporación de los adiestramientos que permitan un refuerzo de los comportamientos adaptativos en función de las nuevas necesidades que aparecen en destino.

EL CONCEPTO DE CULTURA EN LA INTERVENCIÓN SOCIAL

Hay una concepción antropológica de cultura entendida como estilo de vida adquirido y conservado que se apoya en el pasado. Es una concepción eminentemente estática, que si se tiene en cuenta en la intervención social, produciría un estancamiento en la vida de las personas, exclusivamente basado en el modo de vida heredado. La intervención social no puede partir de un concepto cultural que venga sólo del pasado, sino que tiene que ayudar a enfrentar el futuro. Cultura es ante todo un concepto en construcción. Evidentemente la intervención social tiene que tener en cuenta el pasado cultural del inmigrante, pero también hay que dar respuestas a las nuevas incertidumbres que plantea el contexto cultural de llegada. La relación entre el individuo y la cultura es un proceso de adaptación continua, a través de toda la vida de los individuos, mediante la cual, la persona no sólo se adapta a la cultura sino que la transforma en un duro proceso de negociación que dura toda la vida: el proceso de socialización es más amplio que los primeros años de la vida de una persona. La intervención social tiene que tener en cuenta el pasado, pero también la proyección hacia el futuro. La cultura es un concepto que implica sentido de creatividad hacia el futuro donde se proyecta la vida del inmigrante. El bagaje cultural está vinculado a un contexto determinado, y no es ni incuestionable, ni sagrado, ni infalible. Las culturas no son expresiones fijas y cerradas, y corresponde a la intervención social hacer que la identidad también se forje en destino. La cultura que forma la etnicidad es un complejo contradictorio, ya que no es una esencia inmutable que condicione unilateralmente y de manera homogénea. El inmigrante tiene un hogar en origen y tiene que tener otro en destino, de tal manera que es el profesional, a través de la intervención social quien tiene que procurar criterios de pertenencia, desarrollando procesos de vinculación con el entorno que faciliten ele-

mentos de identificación compartidos, que sean de referencia para todos.

El concepto antropológico de cultura, designa fundamentalmente el origen de la cultura, pero la intervención social entiende la cultura desde una perspectiva de futuro. El antropólogo busca preservar esencias culturales, donde la intervención social debe promover interacción. El relativismo cultural que nace de la antropología considera que no hay verdades universales, pero la intervención social debe buscar valores colectivos de convivencia que sean el escenario interactivo de encuentro para distintas culturas. La antropología estudia la diferencia y a la intervención social le preocupa incorporar actitudes adaptativas al entorno. El antropólogo busca salvaguardar la cultura y a la intervención social, superar barreras culturales.

LA CUESTIÓN DEL CULTURALISMO

Mientras la cultura hace referencia al conjunto de creencias, costumbres e instituciones transmitidas en el proceso de socialización, y que van a tener un papel fundamental para llevar a cabo la intervención, el tradicionalismo o culturalismo concibe la tradición en forma de veneración y le otorga la primera plaza en el orden de sus preocupaciones.

Esta actitud de venerar la tradición desde una condición estática, y única definidora de la identidad, impide que las personas incorporen a su identidad en destino su propia «fórmula cultural». El culturalismo, hace vivir el choque cultural como un proceso de confrontación que pone en juego un sistema de lealtades: puesto que lo máspreciado «mi diferencia» o conservo «la pureza» de mi propia cultura o soy un «traidor a mi tradición». Lo que evidentemente no ayuda al objetivo de la intervención social que tiene que construir con ambas culturas —la de origen y la de destino— un conjunto coherente que permita una mejor ubicación para desarrollar su propio proyecto migratorio.

El culturalismo nos impide analizar las relaciones de desigualdad que hay en el interior de las culturas. En este caso, la intervención social debe evitar que el culturalismo sea un instrumento de legitimación de la desigualdad en aras de una concepción esencialista de la cultura que imponga el sistema de dominación del grupo étnico.

Son las personas, las que tienen que establecer su propia creación e innovación cultural, huyendo si así lo deciden de la tiranía de estándares culturales. «La cultura» como factor de identidad del grupo en destino, suele ser determinada por los intereses y privilegios de dominación de las redes.

El culturalismo afecta con más virulencia a los grupos más débiles, esto es a las mujeres a las que se considera «el tarro de las esencias de la cultura en destino». Son ellas en muchos casos las que deben soportar las mayores presiones para su salvaguarda, y a quienes en muchos casos se las culpabiliza por la desintegración cultural en destino.

CONCEPTOS CLAVES DE INTERVENCIÓN SOCIAL EN EL ABORAJE DEL DIFERENCIAL CULTURAL

Los modelos culturales se ubican en el tiempo y en el espacio y obedecen a circunstancias sociales y culturales determinadas. Evidentemente el bagaje cultural del inmigrante forma parte de su identidad, pero la intervención social tiene que poner de manifiesto que el sujeto no es sólo un mero producto de su herencia cultural, y que por supuesto, no tiene que ser esclavo de ella. Los contextos culturales tienen que incorporarse como un todo coherente, de manera que no sean pautas rivales o enfrentadas, sino complementarias que conformen una unidad en la armonía. Los roles de los individuos pueden ser reelaborados, reformulados y reinterpretados, en una estrategia que permita ampliar el repertorio de pertenencias en el contexto cultural de destino. La relación inmigrante-profesional de la intervención social está sujeta a tensiones desde el mo-

mento en que se exigen compromisos, y en la medida en que el profesional intenta conseguir modificaciones y comportamientos adaptativos. Lo primero que hay que tener en cuenta en la intervención social es que se debe tender en todo caso a la ampliación de la perspectiva del inmigrante. No abandonar la particularidad pero no quedarse anclado en ella. En la intervención social hay que introducir elementos de continuidad, pero también son imprescindibles elementos dinámicos. El encuentro cultural produce incertidumbres, dudas pero es la intervención social la que tiene que transformar esas incertidumbres en capacidad para optar entre diferentes alternativas, que permitan al sujeto un mayor crecimiento y mayor seguridad en su ubicación.

La intervención social no tiene que quedarse en aprender, observar, la cultura de origen, sino hacer que el choque cultural que experimenta el inmigrante se convierta en un proceso de mejora de sus condiciones de vida. En definitiva, la intervención social no puede quedarse en registrar e interpretar la cultura, sino en superar las barreras culturales, facilitando la convivencia y haciendo inteligible el nuevo contexto cultural. La intervención social tiene que crear espacios que permitan unir a pesar de las diferencias culturales, y no quedarse en una mera descripción de ellas. Construir espacios gratificantes de interacción positiva entre las diferentes culturas.

Dice la antropóloga Britt Marie Thurén que el concepto de cultura quiere decir ideas comunicadas pero también ideas compartidas. En función de esta concepción de la cultura, ésta no sólo tendría en cuenta las ideas transmitidas en la herencia cultural de origen sino también las ideas compartidas en la interacción social que tiene lugar en el país de llegada. La intervención social tendría que trabajar con un concepto de cultura dinámico que no sólo mire al pasado, sino que tenga en cuenta la proyección de futuro. El sujeto tiene una herencia cultural pero al mismo tiempo, es él quien tiene que negociar su identidad, quien tiene que llevar a cabo su propia búsqueda individual. Los

principios heredados de origen pueden ser reformulados en función del crecimiento personal del individuo. Es él quien tiene derecho a elegir su propia identidad. A la herencia cultural heredada el individuo incorpora su propia experiencia y sus propias opciones, en definitiva su propia búsqueda personal y su propia praxis cotidiana (hábitos, costumbres, creencias, etc.)

Un concepto clave en la intervención social sería **el derecho a la autodeterminación** del individuo para elaborar, adquirir, reformular roles, pautas, creencias. Es el individuo quien tiene derecho a que se respete su propia autodeterminación incorporando, o desechando pautas culturales dentro de un sistema libre de opciones. La determinación de la herencia cultural tiene que incorporar el derecho a la propia autodeterminación que da lugar a que el individuo elabore su fórmula cultural, esto es, a negociar consigo mismo y con su entorno su propio esquema de pertenencias. Es el individuo quien tiene que tomar sus propias decisiones en función de las diversas posibilidades que proporcionan los dos contextos culturales. Es al individuo a quien corresponde escoger entre varios paradigmas culturales, cuya rigidez solo puede contribuir al estancamiento de su situación. Es el sujeto quien tiene que garantizar sus propias elecciones; es el individuo quien tiene derecho a vivir su propia pluralidad cultural. Al mismo tiempo el yo tiene que asumir las consecuencias de sus elecciones y de sus conductas, de su vinculación a determinados contextos, del distanciamiento de patrones culturales heredados y del aprendizaje de nuevos. La autodeterminación implica que es el individuo quien va escogiendo valores, creencias, roles,... Corresponderá a la intervención armonizar las divergencias y valorizar la herencia cultural, pero no ignorar el contexto en que se desarrolla la nueva vida cotidiana del inmigrante. La intervención se hace necesaria cuando la herencia cultural no resuelve por sí sola problemas o situaciones que tienen que ver con la mejora de su ubicación en las sociedades de llegada. El lugar que juega el bagaje cultural en la inter-

viación social, ni hay que sobreestimarle ni hay que olvidarlo. El pasado sirve para entender el presente, pero por sí sólo no da las respuestas que se necesitan para ubicarse en el contexto de destino, y es aquí donde la intervención social tiene que proporcionar soluciones adaptativas. La herencia cultural es importante en la intervención social para entender el presente. Nadie sabe dónde va si no acepta y valoriza de dónde viene. Es decir, la aceptación de la herencia cultural como forma de autoconocimiento del inmigrante y para que el profesional entienda su pasado y la forma en que afecta a su presente. A partir de aquí la intervención social tiene que evitar la fragmentación entre lo heredado y el contexto de destino, construyendo en un continuum en el que la persona incorpora ambas en una unidad armónica, en función de sus deseos, sus fines y su crecimiento personal. Las personas incorporan ambas en una unidad armónica, en función de sus deseos, sus fines, y sus crecimiento personal. Las personas se incorporan a una realidad dinámica que hay que resolver, y a la que hay que incorporar nuevos aprendizaje, que le permitirán mejorar en el contexto de destino. La identidad no es algo concluso sino un devenir en movimiento al que el individuo le va incorporando nuevos aprendizajes que le permitirán trascender el pasado que resulte inoperante. Es el principio de autodeterminación el que pone de manifiesto que es el individuo quien tiene que tener libertad para establecer su propia jerarquía de valores. La intervención social tiene que ayudar a trascender la determinación de la herencia cultural por la autodeterminación, es decir que el individuo pueda elegir libremente, pautas, roles, creencias y estilos de vida que el encuentro de dos lenguajes culturales le permita. La autodeterminación supone que el derecho a la diferencia cultural de los dos grupos étnicos no puede ejercitarse a costa de los derechos y libertades individuales, a vivir de acuerdo con su propia «fórmula cultural». El derecho a la diferencia de los grupos, acaba donde comienza el derecho del individuo a expresarse libremente.

Las identidades culturales establecen controles internos para su reproducción y lo hacen muchas veces a costa de los grupos más vulnerables como son los jóvenes de segunda generación con una concepción de la identidad en disputa con la primera, y las mujeres. Las redes migrantes en destino, ejercen un control social de las pautas de conducta respecto a los inmigrantes desplazados. La autodeterminación significa el derecho del inmigrante a adoptar y respetar tanto las tradiciones de origen como las nuevas pautas que encuentre en destino. El entorno del inmigrante tiende a presionar a aquellos que no reproducen a veces fielmente las tradiciones. Es por eso que el profesional de la intervención social debe procurar construir identidades flexibles y abiertas impidiendo que la comunidad con el peso de sus tradiciones restrinja la libertad de la persona, especialmente en el caso de las mujeres, a quienes con más frecuencia en nombre de las tradiciones se coarta su autonomía. Las culturas no deben convertirse en fuentes de restricción de derechos individuales en destino. Si bien el profesional de la intervención social debe abogar para que la esfera pública sea sensible a las especificidades culturales, éstas tienen que respetar los derechos de los individuos a elaborar su propia autodeterminación cultural. El derecho a la diferencia no puede ser legitimado a costa de la imposición y el control social sobre los grupos más vulnerables de los inmigrantes y sobre todo las mujeres a las que se considera portadoras de la misma. La autodeterminación supone el derecho de la persona a elegir libremente, el derecho personal a la identidad. La diferencia cultural no tiene por qué ser ajena a los procesos de cambio, y por lo tanto, sujeta a mutaciones que los sujetos quieran llevar a cabo. A la hora de negociar su propia «fórmula cultural», la intervención social tiene que servir para proporcionar alternativas: hay algo más que padecer la tensión entre las lealtades excluyentes al origen o mimetizarse con el contexto de destino.

En definitiva, es necesario que exista la posibilidad de la protección del individuo respecto de su comunidad, a la hora de negociar su propia «fórmula cultural».

Otro elemento clave es la función educativa que tiene que tener la intervención social y que implican conocimiento del medio y del nuevo contexto cultural. Conocer el medio es una forma de hacerlo propio y por tanto habitable. Conocer el entorno no es dejarse deglutir por él sino hacerlo más inteligible, de manera que pueda haber un diálogo fluido entre la herencia cultural de origen y el nuevo contexto. Este elemento educativo que se incorpora a la intervención social no sólo tiene la vertiente de entender las claves del entorno, sino de saberse desenvolver en él, incorporar roles y actividades que van a contribuir a mejorar su calidad de vida y a promover actitudes participativas en su entorno.

El conocimiento del contexto sociocultural de destino es posible que permita nuevas formas y soluciones a problemas viejos que el inmigrante traía consigo desde su origen. En definitiva la función educativa de la intervención social tiene que proporcionar herramientas, para hacer que las personas se sientan más seguras en su realidad cotidiana. La función educativa de conocimiento del medio cultural de destino va a proporcionar nuevos recursos para superar crisis y conflictos. En la medida en que el inmigrante conozca el lenguaje del nuevo marco conceptual del contexto cultural de destino, podrá reconocer incongruencias de su bagaje cultural de origen para entender la realidad donde quiere ubicarse. Esto le permitirá ser más libre respecto a las decisiones que afecten a su propia vida. Ser madre soltera en el lugar de origen de donde proviene la inmigrante y ser madre soltera en una ciudad como Madrid, quiere decir algo muy diferente. Si el inmigrante conoce eso a través de la función educativa que tiene que estar presente en la intervención social, las decisiones que afecten a su propia vida van a ser más acertadas para su desarrollo personal y su ubicación. Muchos conflictos cotidianos de la población inmigrante tienen que ver con el hecho de que interpretan una realidad nueva y desconocida con las claves de su herencia cultural de origen, lo que da lugar a procesos de inadaptación. En la medida en que

se conozca el segundo lenguaje conceptual del contexto cultural de destino es como se pueden reconocer las limitaciones, los conflictos y las incoherencias de las creencias de origen para interpretar una nueva realidad en la que el inmigrante quiere sedentarizarse. La concepción que confronta el modelo cultural de destino como una amenaza de hegemonía cultural para el modelo cultural de origen del inmigrante resulta obsoleta en la medida que el inmigrante busca ubicarse mejor. Los modelos culturales no son «entidades puras» sino al servicio de la persona y, por tanto, pueden ser cuestionados dialécticamente y reelaborados. La identidad es un proceso dialéctico que posibilita al individuo trascender los marcos culturales por otros más adecuados, cuando aquellos se vuelvan incoherentes.

La intervención social en esta dimensión creativa y educativa con el inmigrante, iría proporcionando las prácticas necesarias a aquellos aspectos que el lenguaje cultural de origen dejara obsoletos. Es este segundo modelo cultural de destino, el que proporcionaría perspectivas adecuadas que no son excluyentes respecto a la tradición de origen sino que tendría un carácter complementario. La relación entre los dos lenguajes culturales —el de origen y el de destino— tienen una relación dialéctica de complementariedad y de diálogo. En la medida en que el lenguaje cultural se quede obsoleto para abordar un aspecto de la realidad y esto genere un conflicto, el segundo lenguaje cultural de destino tendrá que ser introducido con carácter complementario, en la medida en que pueda dar respuestas, haciéndolo de manera consensuada con la persona inmigrante. Es aquí donde la intervención social tiene que evitar confrontaciones y dar continuidad, tendiendo puentes entre los dos modelos culturales que permitan a la persona encontrar su lugar en la sociedad, mejorando su calidad de vida, en la medida en que las nuevas narrativas van a permitir superar incoherencias y restablecer certidumbres, cuando los criterios de un único lenguaje cultural bloquee el desarrollo de la persona. Así por ejemplo la mutación que tiene lugar en la vida del inmigrante al pasar de una familia ex-

tensa, en origen, a una familia nuclear en destino, provoca que tenga que asumir nuevos roles y aprendizajes, habrá que explicar por qué son buenos esos aprendizajes y a qué responden. Las especificidades culturales son dinámicas y van siendo reemplazadas por otras, cuando esté en juego su bienestar integral. El anclaje en el pasado de los roles y modos de vida no son per se una fuente de legitimación a priorizar, cuando esté en juego resolver situaciones que conflictúan su entorno y carezca de los recursos culturales para abordarlos.

El elemento cultural que elijan sería aquél que aparece capaz de resolver sus problemas, y así se consensúe con la persona objeto de intervención. Esta concepción de la diversidad cultural permite al individuo elegir y optar sin que suponga un juicio competitivo entre dos contextos, sino un diálogo fluido optando por lo que dé una mejor respuesta al enriquecimiento de la persona y a su mejor ubicación. El encuentro de dos culturas tiene que servir para innovar, crear, reformular sin que suponga una tensión de traición a la identidad de origen, en la medida que ésta tiene que contemplarse como un proceso dialéctico que no se agota. Es algo en permanente construcción, dinámico, sujeto a cambio y a revisión en función de las necesidades del sujeto, que no puede vivir su modelo cultural desde la esencia determinista, sino estableciendo nexos de unión con la vida cotidiana en otro contexto en el que ha decidido sedentarizarse.

Otro elemento importante en la intervención social es el concepto de cambio. El cambio cultural induce tensión y ansiedad en los individuos. El hecho migratorio da lugar a una crisis personal, lo que supone una pérdida de sentimiento de pertenencia a un grupo humano localizado y específico. El cambio brusco que tiene lugar con el cambio migratorio produce un efecto de perturbación y desorientación, que le hace entrar en crisis tanto a nivel personal como en sus relaciones interpersonales, y es en esta crisis donde la persona cuestiona y pone en duda mitos, principios, creencias y todo el universo de certezas que creía incuestio-

nable se viene abajo. A través de la intervención social, este cambio brusco tiene que convertirse en un desarrollo progresivo, en primer lugar proporcionando estabilidad y continuidad y dando respuestas a los nuevos problemas, conflictos e incoherencias, reestableciendo pertenencias, certidumbres y seguridades. Ésta sería la base para que el nuevo marco cultural se pueda convertir en una situación de progreso. Lichtenstein habla de la identidad como la capacidad de permanecer uno mismo, aún dentro del cambio, y esto es algo que debe procurar la intervención social, combinar estabilidad con ruptura, en definitiva incorporar y aceptar el pasado valorizándolo y viviéndolo de una manera espontánea pero ampliando perspectivas que den lugar a la creación de nuevas pertenencias, teniendo en cuenta que:

las culturas responden a contextos sociales concretos; lo que puede tener sentido en un contexto cultural resulta obsoleto en otro. Que los bagajes culturales no son islas cerradas y aisladas, que tiene que haber mutaciones en los bagajes culturales para ubicar mejor a las personas en aras de su bienestar integral.

Concepto de vinculación o interdependencia que considera a los sujetos en relación con otros grupos de pertenencia (vecinos, barrio etc) y dentro de un entorno social determinado. La intervención tiene que tener en cuenta los nexos de unión del individuo con otros grupos y en el seno de las instituciones, potenciando la participación en ellos. Dar importancia simbólica al hecho diferencial de la cultura sin potenciar el aprendizaje de la participación institucional, tiene efectos segregadores. La participación en las instituciones será mayor en la medida en que se muestren como solventes en la solución de los problemas de la población inmigrante y se elaboren procesos de identificación que faciliten el acercamiento. Es importante construir espacios que puedan convertirse en comunidades a partir de la percepción de la existencia de intereses compartidos y de sistemas de conocimiento e interpretación de la realidad de manera conjunta. Construir proyectos de acercamiento que

supongan espacios de interacción positiva entre las diferentes culturas. Para ello se tiene que favorecer el contacto en determinadas condiciones, que den lugar a una buena interacción, que pueda ser considerada positiva por todas las partes. El nivel de intervención grupal tiene que procurar en primer lugar favorecer el contacto y utilizarlo como espacio de cuestionamiento de prejuicios y estereotipos. En primer lugar el profesional tiene que cuestionarse acerca de cuál es la estrategia más adecuada para ello. En un primer paso, hay que favorecer el contacto entre las diferentes culturas, ahora bien la realidad demuestra que el contacto en sí mismo, no sólo no elimina los prejuicios, sino que puede fomentarlos. De la misma manera que el individuo tiene que tener en cuenta y valorizar su herencia cultural y su pertenencia étnica, a nivel grupal, las intervenciones que la desconozcan y anulen por completo están llamadas a no tener éxito a la hora de provocar interacciones positivas. Ni ocultar ni reprimir la diferencia, pero tampoco quedarse anclado en ella. La observación de la realidad nos permite ver que la representación del inmigrante como alguien de una cultura incognoscible, esto es aquello que aunque existe, nunca puede ser objeto de conocimiento cierto. La aproximación requiere la elaboración de procesos de identificación, esto es, la creación de situaciones a través de las cuales un sujeto es capaz de ponerse en el lugar del otro, en tanto que lo lejano en clave cultural crea recelo distancia y desconfianza, por parte de los miembros de otras culturas presentes. La experiencia nos indica que los escenarios más gratificantes en las relaciones entre las diferentes culturas, son aquellos que propician relaciones de tipo cooperativo, cuando hay un esfuerzo común a la hora de conseguir un objetivo que tenga un carácter compartido. Los sentimientos de dependencia mutua en la realización de esfuerzos que pongan de manifiesto el reconocimiento de los miembros del grupo. No se oculta las dificultades que hay a la hora de crear espacios que permitan relaciones de carácter igualitario, es decir que los sujetos en interacción tengan niveles similares especialmente ante la dificultad de quien

ocupa las posiciones socialmente inferiores para demostrar sus habilidades como algo valorado y digno de apreciarse por el grupo pluricultural. Las relaciones de competitividad producen tensión y conflictividad. En este aspecto es de señalar los efectos negativos que tiene en la interacción positiva la representación del estado del bienestar como algo susceptible de fragmentación en función de las identidades culturales. La percepción de los servicios sociales como algo que se desgarran siempre a favor de los que «vienen de fuera». «Todo se lo dan a los inmigrantes».

La creación de espacios comunes de interacción, y propiciar habilidades para la participación institucional es de capital importancia para la normalización de la convivencia, que requiere el esfuerzo por parte de la Administración para fomentarlos en forma de actividades concretas para el acercamiento a la vida comunitaria por parte de las asociaciones de inmigrantes, y al mismo tiempo fomentar con subvenciones, ayudas etc. proyectos de participación de los inmigrantes en las asociaciones de vecinos y en el nivel institucional, ya existente para la población mayoritaria.

Incentivar a la población inmigrante para conocer el lenguaje de las instituciones y ser parte activa en la vida social: en los equipamientos del barrio, en las asociaciones de padres en los consejos de salud, en las plataformas donde se diriman las necesidades de recursos y equipamientos colectivos que mejoren las poblaciones. En definitiva, introducirse en el ámbito relacional del entorno. La participación más activa en los grupos sociales y acciones colectivas, traería consigo una mejor autovaloración tanto individual como colectiva. Conseguirlo implicaría la superación de los dos mundos paralelos en los que tiene lugar el asociacionismo, es decir, que la población autóctona apoyara la participación de la población inmigrante en el nivel institucional ya existente, promoviendo actuaciones que los hagan solventes para la solución de los problemas de la población inmigrante, y que el asociacionismo inmigrante lleve a cabo proyectos de acercamiento que permitan la implicación de los autóctonos.